



INSTANTES

José Siles Artés

Los segundos los miden los relojes, los instantes los mide nuestra conciencia.

Los instantes son la mínima duración de nuestras vivencias. Son a ellas lo que los átomos a la materia.

Y como los átomos, los instantes están cargados de energía. Y ésta se manifiesta a veces como luz, fulgor, relámpago.

Los instantes más recordados suelen ser intensos, pero no siempre. Hay instantes baladíes que misteriosamente se impregnan en la memoria para siempre.

Un mismo instante es distinto para cada persona. Cada uno lo vive y lo guarda-si lo guarda-a su manera.

A los instantes se vuelve en retrospectiva, por asociación con momentos posteriores, por referencias.

Pasan los años, la memoria pierde frescura, y los instantes se recobran adulterados.

Pero puede haber instantes notariados, anotados en su momento para conservar su integridad, en un imposible afán por enfrentarse al inexorable poder destructor del tiempo.

Yo en una época me apliqué a aquella labor con cierto ahínco, de tal manera que, hojeando mustios cuadernos y amarillentas cuartillas, estoy ahora encontrando espaciados "instantes", tal y como los viví y los percibí. He aquí unos cuantos:

una sombra

UNA SOMBRA

Sobre la cama está mi maleta abierta y a medio hacer. Del ropero estoy ahora recogiendo las últimas prendas. Me queda lavarme los dientes, guardar las cosas de aseo, mirar por toda la habitación que no se me olvide nada... Suena una llave en la cerradura, se abre la puerta.

-¡Ah, usted perdone!

-Nada, nada, en seguida me voy.

-No se preocupe, lo siento, caballero.

Es la doncella de la planta, cuando estoy esperando el ascensor, la maleta y un bolso a mis pies, la veo cruzar por el pasillo. En mi habitación encontrará con mi sombra, quizá con mi olor, con mi presencia fugaz, con varios números de un periódico, un envase de zumo de frutas...

Pero la mujer tiene otras habitaciones por hacer, con otras sombras y otros restos y residuos, y así todas las mañanas. Habitaciones tibias de transpiración humana, de hombres y mujeres de todas las edades, entrevistados o no vistos ni oídos. Figuras enigmáticas, sombras fugaces... Yo una de ellas.

GALERÍA DE RETRATOS

Yo tengo en la memoria una galería de retratos de personas con las que he pasado momentos felices. Es una colección de la que estoy sumamente orgulloso; es un tesoro que da seguridad y optimismo a mi vida. Los retratos corresponden a personas con las que más o menos intimé en mis años de juventud y plenitud. A partir de ahí la colección ha ido decreciendo, muy a mi pesar. Ya no gozo de la aceptación que gozaba, pasó mi apogeo. Por eso, cuando ahora, raramente, consigo una nueva incorporación, lo celebro el doble que antes. Y qué poco exigente se ha vuelto mi corazón.

JÚBILO

júbilo

Al salir esta tarde de la boca del metro de Sevilla me para una jovencita de fisonomía sudamericana:

-Señor, ¿la Puerta del Sol?

-Todo recto, a tres minutos.

Sonríe, pero quiere saber más.

-¿Y la plaza de Canalejas?

-Es aquella placita del fondo, a dos minutos.

Se amplía su sonrisa. Me diría algo más, me lo dice:

-Es que voy a un cibercafé de Canalejas.

-Pues ahí lo encontrarás en seguida.

Brilla de júbilo. Porque es joven, porque es primavera, porque todo está tan cerca, porque la sonrío, porque comprendo su alegría...

-¡Adiós, señor!

-¡Adiós, muchacha!

el mar

EL MAR

¿Tiene voz el mar? ¿Tiene varias voces? No lo sé, sospecho que sí; y creo también sentir que tiene llanto: una queja sorda, opaca, inconsolable. El mar puede estar unos días repitiendo sus sollozos, hasta que, rendido, sus labios sólo emiten leves murmullos. Pero nunca llega a quedarse mudo, en paz, pues siempre vuelve a alterarse entonando su eterna queja. ¿Contra la tierra?

galería de retratos

VIAJAR*viajar*

Sería flotando sobre el mar, marinero de un gran buque, con un puesto a bordo: piloto o telegrafista.

Contemplar la vastedad azul serena o alterada, escuchar los graznidos de las aves marinas acompañantes.

Hendir el agua, dejando revuelta estela de espuma.

Escuchar el blando rumor, la obcecada navegación en la noche bajo el luminoso granizo de las estrellas, de la luna muda y misteriosa.

Ver el primer oro de la mañana y el último rubor de la tarde.

Avistar una ciudad, verla agrandarse con la cercanía, observar su fachada marina, su volumen urbano, sus torres y sus castillos... Disfrutar con la visita inminente, con el callejeo del marino en tierra, comprar unos recuerdos, echar una cana al aire...

Zarpar, ver empequeñecer la ciudad desde popa, acariciar el retorno. Soñar con la próxima escala.

Y así un mar y otro mar, un puerto y otro puerto, flotando, surcando, conociendo, siempre libre, siempre cambiando. Fue mi sueño desde los dieciséis hasta los veinte años. A esta edad la tierra me hizo su siervo. Mi sueño marino no tuvo lugar, pero por eso quizá lo disfruté tanto, porque nunca se hizo verdadero.

VACÍO

-¡Que tenga usted buen viaje!

-Gracias.

-¡Y que tenga suerte!

-Gracias.

vacío

Pero me apeo del tren con una sensación de vacío, de pérdida. Ya no pertenezco a este ámbito. Siento que acabo de desligarme de él. Y para esta persona que me despide ya no soy de aquí, ya me desligo de su tiempo. Está diciendo adiós a nuestro trato, a nuestra convivencia. Me quedan unas horas de viaje para llegar a mi nueva residencia; nada más poner el pie en ella habré empezado a recobrar mi instinto de pertenencia. Mientras tanto, sin arraigo en un sitio ni en el otro, voy inseguro, descolocado.

CRIMEN*crimen*

Yo iba en volandas de ruidos tan habituales que apenas los oía. Coches que circulaban despacio en un solo sentido, unos martillazos metálicos en lo alto de algún andamio, el taconeo de una joven delante de mí y, cada vez más cerca, el desgarrador hiriente de una motosierra. De pronto, un golpe largo, insonoro, rotundo, como el de una mole que se derrumba entera y sin quiebra. Sobre la acera, un árbol recio y hermoso. A su lado, un obrero con la sierra aún trepidando entre sus manos, más otros dos afanosos compañeros que retiraban ramas y hojas previamente cercenadas. Con dos frescos muñones por delante y uno por el opuesto, tendido y rotundo en su inmovilidad e impotencia, evocaba aquel árbol algún entrañable gigantón sádicamente mutilado.

NUEVO DÍA

Olor a café. Pasa una sombra furtiva. Olor a churros. Una ventana iluminada. Ruido de pasos. El chorro de una fuente. Un farol velado por la humedad. La sirena de un barco. El silbido de un tren. Una tos. Una figura fugaz y la luz de un cigarro. Un ciclista parsimonioso. Un portazo. ¿Y yo?

nuevo día